



EL ULTIMO AÑO DE ALTARANA

RASTROS DE LA GUERRA

De vuelta al pueblo, Emilio cesó de beber; reanudó bruscamente sus estudios, y cambió de conducta para con los discípulos: no más golpes, no más denuestos, no más groserías, aunque necesitara volver la escuela de arriba abajo. A Faustina Galli, ansiosa de saber por qué y para qué había sido llamado á Turín, le dijo toda la verdad, no solamente para desahogo de su espíritu, sino porque esperaba el joven, después de haberle hecho comprender que se había lanzado en tan malos caminos por culpa de ella, que la conmovería la relación de la escena dramática ocurrida en el despacho del Provisor. Efectivamente; la señorita Galli se enterneció mucho, y aunque fingiendo no creer que ella hubiera sido la causa de aquellos extravíos, se alegró con toda su alma del arrepentimiento, como si con la terminación del vicio coincidiese la del amor, y recobró con su vecino, desde aquel momento, la amistosa familiaridad de antes; casi más dulcemente que antes. Así, poco á poco, Emilio volvió á enamorarse. Pero se mantuvo silencioso, confiando en los efectos algo lentos, pero seguros, de una larga y buena amistad, y confiando también, aunque algo le remordía la conciencia, en la muerte del anciano, del padre de Faustina, que á juicio del maestro, no podía tardar ya mucho en sobrevenir. Porque en el fondo, Emilio había creído siempre, ó había querido creer, que la

razón más poderosa para la negativa de la joven había sido el temor de empeorar la triste situación de su padre, si ellos, pobres los dos, hubiesen tenido hijos. Con esta idea esperó, preguntando á la maestra todos los días por la salud del anciano; aunque al dirigirle esta pregunta casi no se atrevía á mirarla de frente, como si sintiera turbada su conciencia. El anciano se agravaba de día en día.

Pronto llegó para el maestro la preocupación de los exámenes, en los que temía de la autoridad algún disgusto; y como se había dedicado con toda su alma al cumplimiento de su deber, y como además deseaba permanecer en el pueblo, estuvo apercibido.

El disgusto fué preparado. Vinieron á los exámenes verbales el alcalde, el superintendente licorista y otros tres concejales; y mientras en la otra clase, para facilitar á los alumnos las contestaciones, habían dejado que el maestro dirigiera las preguntas, en la de Emilio preguntaron ellos mismos, y lo hicieron de tal manera, que se comprendían evidentemente los esfuerzos realizados para dar á las preguntas una forma difícil é insidiosa. El superintendente licorista fué el más terrible; habíase armado hasta los dientes de preguntas de doble filo sobre el sistema decimal, preguntas que lanzaba de pie, en actitud belicosa; y volvíase á cada una hacia sus colegas, como para decirles:

—El alumno es muerto.

El alcalde llevaba algunas preguntas de gramática escritas en un papelito, que consultaba á hurtadillas. El resultado de todo esto fué que los alumnos, por regla general, dieron triste muestra de sus adelantos. Lo cual ¡cosa peregrina por cierto! fué causa de que las autoridades salieran de la escuela menos ásperas que habían entrado, casi satisfechas de su victoria, contentándose con mortificar al maestro por un silencio profundo y preñado de misteriosas amenazas. Pero la firme creencia que el joven abrigaba de quitarse en el curso siguiente, hizo que sintiera muy poco la amargura de aquella derrota.

Entre tanto, con gran contentamiento de Emilio, había llegado, con otros veraneantes, el abogado Samis, y el joven se apresuró á visitarlo para referirle los

acontecimientos del año, y muy especialmente la historia de la maestra. Algo de ello sabía; pero cuando se hubo enterado de todos los pormenores, dió rienda suelta á su indignación, que se tradujo en palabras violentas:

—¡Qué canallas! ¡Dios mío! ¿Pero es posible que existan canallas semejantes? Será menester que les demos algunas lecciones.

Samis había llegado aquella vez al pueblo más irritado que nunca contra sus adversarios, por uno de los futilísimos motivos de siempre; motivo que, después de haberle hecho sonreír en Turin, habíase agigantado en su pensamiento, durante el viaje, y había acabado por convertirse al entrar en el pueblo, en una ofensa intolerable. Le habían escrito á Turin que un ejemplar de cierta Revista científica milanesa, en que se contenía una noticia bibliográfica de su último opúsculo titulado «Las hipocresías de la Ley»—remetido á Altarana, se ignoraba por quién—había pasado de mano en mano y permanecido, durante ocho días, en las mesas del café, y que sus enemigos, llamando con insistencia la atención de todos sobre tres ó cuatro frases, en las cuales, más que comprender, habían adivinado una censura, se habían valido de esto para desprestigiarlo efectivamente, en el concepto de los pocos que le consideraban todavía como un grande hombre. Este pensamiento le había exasperado de tal manera en el largo y lento trayecto en carruaje, que había penetrado en el pueblo con una hambre rabiosa de venganza. La ocasión de lograrla se presentó muy pronto.

El alcalde había discurrido utilizar la distribución de premios para llevar á cabo una de sus represalias: consistía el golpe en celebrar la distribución solemne con una sola sección de las escuelas, la de los niños ó la de las niñas, y prescindir por completo de la otra, para humillar al maestro aborrecido. Dudoso estuvo por algunos días el alcalde sobre si debía humillar á Emilio Ratti, ó á Faustina Galli, porque á los dos juntos no podía ser á un mismo tiempo; pero al cabo se decidió contra la maestra, ya porque la

odiaba más aún que á Emilio, ya porque en la sección de alumnas tenía dos enemigas: la señorita Galli y la señora Falbrizio, y en la sección de niños sólo tenía un enemigo. Anunció el día de la fiesta para los niños, fijó los premios, envió invitaciones, hizo adornar las salas más espaciosas de las Casas Consistoriales, y se verificó la ceremonia anunciada con un maravilloso discurso del maestro señor Calvi, que comenzó desde la Pedagogía entre los egipcios; amenizado por los acordes de la charanga incompleta del pueblo, y hasta con una disertación del alcalde acerca de la instrucción obligatoria. Para las escuelas de niñas, nada; ni aún algunas palabras de explicación. El abogado Samis aprovechó la oportunidad: escogió en su biblioteca libros adecuados, fué á soliviantar á los padres de las alumnas, disgustados por lo ocurrido; persuadió á las tres maestras; mandó disponer sillas y plantar banderas en el jardín de su quinta; hizo que viniese la banda de música de Azzorno, invitó á la colonia veraniega, y también celebró la fiesta con discursos, vino blanco y dulces. La segunda fiesta, como era natural, resultó más agradable y más alegre que la primera. «El Pueblo» publicó de ella una reseña circunstanciada; en el lugar hubo conversación para una semana, y el alcalde, ya furioso contra su enemigo por el asunto del periódico de instrucción pública, y además imposibilitado por el momento para vengarse de otro modo, como viese en poder de una niña premiada un libro de fábulas con algunos dibujos de hadas, propaló por el pueblo la voz de que el abogado había dado de premio, á las niñas, libros en que había dibujadas «mujeres desnudas». ¡Figúrense ustedes, andaba diciendo, lo que debe de haber allí escrito!»

EN CASA DEL SEÑOR SAMIS

Después de la distribución de premios, comenzaron en casa del abogado las reuniones de costumbre, y el maestro reanudó las visitas del año anterior, atraído doblemente ahora, después de los tristes días por que había pasado, por la presencia de la señora, cuyo trato finísimo la seducía cada vez con un encanto nuevo, y compensaba en el ánimo del maestro todas las humillaciones soportadas hasta entonces, con mil inefables atenciones amistosas, y aún maternas, de la sonrisa, de la palabra y de las maneras, sin que Emilio pudiera agradecerle un favor determinado, ni aún recordarlo siquiera distintamente. Pensaba el joven que si aquella bondadosa señora hubiera permanecido en el pueblo todo el año, nada desagradable le habría ocurrido á él, y que tal vez en su corazón, completamente ocupado con la amistad dulcísima que ella le inspiraba, no se hubiera enseñoreado de él ese violento amor por Faustina Galli, que, en la soledad, tan funesta fuerza había adquirido. Comprendía perfecta y claramente el maestro que desde sus pensamientos más íntimos hasta la manera de saludar y de dar la mano, todo, en fin, se ennoblecía en su persona, bajo la influencia benigna y casi oculta de la señora de Samis, y que cada hora de estar al lado suyo, borraba en su espíritu las tristes huellas que un mes de vida tosca y de vulgares conversaciones había dejado: todas sus esperanzas antiguas y sus ambiciones nobles de elevarse—esperanzas y ambiciones de las cuales se había ya despedido para

siempre—reaparecían en su alma, y solamente por la manera particular, espontánea ó calculada con que aquella bondadosa dama aludía á la condición del maestro, como si para él hubiera de ser transitoria y la considerase, no como una situación definitiva y estable, sino como el camino seguro para llegar á mejor suerte, de la cual le juzgaba digno, y á la cual—ella no lo dudaba un instante—llegaría. Fantaseando de este modo, pensaba Emilio que si cada maestro joven, dotado de inteligencia y de corazón, hubiese encontrado en su aldea una señora como la de Samis, millares de éstos no caerían en la holganza, en el juego y en la bebida. La amabilísima señora le preguntaba bromeando todas las noches, así que se presentaba en la casa:

—Vamos á ver señor Ratti: ¿qué ha leído usted hoy? Oigamos eso...

Y la espera de aquella pregunta bastaba para obligarle á buscar libros durante el día, y leerlos, estudiando la mejor manera de explicar lo leído, como un colegial á quien se pregunta la lección.

Emilio, medio chanceando, dijo cierto día á un amigo del abogado:

—Debería haber una señora como esa en la Escuela Normal.

Samis rió bastante, y aprobó la idea; el maestro se alegró mucho al saber que aquellas palabras suyas habían llegado á noticia de la esposa del señor Samis.

También le divertía, cada vez más, el abogado con sus desahogos de pesimismo brillante, como sus amigos los llamaban, y con la vena inagotable con que proseguía ridiculizando á sus enemigos y á los del maestro, siempre que la conversación recaía sobre asuntos de la escuela. El problema escolar se había convertido en su manía de todas las noches. Samis había gozado lo indecible con la humillación inferida al Ayuntamiento, y no acababa nunca de preguntar algo acerca de aquella gran escena del delegado. Asombrábase, sin embargo, de que el alcalde no hubiera llevado todavía más lejos su resistencia, «porque, decía, ya por tener más profundamente arraigado el sen-

timiento de sus derechos, ya por la indole más terca de sus habitantes, los Ayuntamientos sub-alpinos eran, entre todos los de Italia, los más prontos á rebelarse contra la Autoridad, y los más rebacios para someterse á la razón, aún estando convencidos de que habían violado la ley.» El mismo, en determinada ocasión, había oído á su alcalde gritar, en medio de una sesión pública, «que pisotearía la ley, como pisoteaba entonces un periódico viejo.» Y no era aquél un caso raro. De modo que cuando á las maestras y á los maestros faltaba el valor ó la oportunidad para defender los propios derechos lesionados, la ley no servía para nada. ¿No se había visto en un pueblo de la llanura, que había sido aprobada, por un voto de mayoría, la proposición de rebajar, de setecientas cincuenta pesetas á quinientas, los sueldos de todos los maestros, sin previo aviso, para restaurar con aquellos ahorros la fachada de la iglesia? ¿No había acaecido, en otro pueblo, que las gratificaciones remitidas por el Gobierno para los maestros elementales, en lugar de ser entregadas á las personas que las esperaban, se habían inscrito en las cuentas como ingresos, sin que se hubiese dicho á los maestros ni una palabra? Los Municipios que consignaban en sus presupuestos una cantidad para sueldos de maestros, y después, con un convenio reservado, les obligaban á contentarse con los dos tercios, eran innumerables. Estos se burlaban descaradamente del «mínimum». Un alcalde de mala fe encontraba siempre un maestro, el cual, más hambriento que malvado el alcalde, se conformaba con aceptar media peseta por veinte «perros chicos».

Acrecentóse el cariño del maestro al abogado y á su mujer con motivo de la simpatía que ambos manifestaron á Faustina Galli, á pesar de que ésta, alegando por excusa la enfermedad de su padre, no hubiera aceptado la invitación de volver á visitarles, después de la solemnidad de los premios. La señora había adivinado aquella alma noble y altiva; el marido había admirado aquella preciosísima boca.

—¡Y decir—exclamó una noche charlando entre amigos,—que el señor alcalde quería posar sus labios de embudo sucio sobre aquel capullo de rosa! ¡Se nece-

sita la petulancia de un cocinero viejo para permitirse el lujo de pensar en semejantes golosinas!

Y comenzada ya la conversación, divirtió á todos con una de sus sátiras usuales.

—En Italia, ya lo ven ustedes, la condición de las maestras casaderas, en los pueblos pequeños, es insostenible, muy especialmente por la vanidad sexual de los hombres. No creo que esa vanidad llegue, en ningún otro país, al extremo que llega en el nuestro. El último y el más feo empleado, ó «bien acomodado lugareño, desde veinticinco á setenta años, que se muda de camisa dos veces al mes, y que se lava un poco la cara todos los días, se cree con derecho á ser amado por la maestra del pueblo, como si el Municipio la pagase para solaz y contentamiento de los contribuyentes libres. ¡Es original! No parece sino que todos desarrollan este razonamiento: «¡Es joven, está sola, es una maestra, y no se enamora de mí! ¡Pero esto es una impudencia imperdonable!» Y se ofende de veras. ¡Pobres maestras!

Samis no podía pensar, sin lástima, en aquel ejército de muchachas que se reparten cada año desde las Escuelas Normales á los pueblos. Precisamente en aquel año, resultaba de las estadísticas que había veinticuatro mil sin colocación.

Sobrada razón tenía cierto periódico, que había dicho con aguda frase: «El mercado rebosa de maestras.» Podían hallarse doce para una plaza. Agobiadas por la necesidad, y también para socorrer á sus familias, millares de señoritas, no bien tomado el título, aceptaban un puesto cualquiera, en cualesquiera condiciones: en escuelas, en asilos, en colegios particulares, con el título de encargada, de pasanta, de suplente, con mil formas de contratos ilegales, con retribuciones de criadas. Hallábanse en circunstancias peores que los maestros, porque ellas, en su inmensa mayoría, eran procedentes de una clase social superior á la de ellos, y sentían más las asperezas de la vida: hijas de empleados, de oficiales del ejército, y aún algunas de familias de gran posición que habían venido á menos. No hay para qué decir que muchísimas de ellas se dedicaban á esa profesión sin conocer sus fatigas, y

careciendo de fuerzas físicas para sobrellevarlas, perecían. Otras estropeaban su salud comiendo mal para vestirse decentemente. Muchas había á quienes hacían enfermar los cambios bruscos de clima, entre pueblos de la llanura y pueblos de la montaña.

«¡Santo Dios! ¡Y todavía un señor diputado, para defender la ley sobre jubilaciones, ha dicho que, por término medio, las maestras pueden enseñar desde los veinte hasta los sesenta años!» En todo caso, habrá que exceptuar á las que enferman del pulmón á los treinta. Verdaderamente se ven tantas, jóvenes aún, lo mismo en la ciudad que en el campo, reducidas á tal extremo, que puede decirse, sin miedo de incurrir en error, que la cuota que dejan en el Monte de Jubilaciones, es para ellas dinero arrojado á la calle. Por esto llevan una vida de afanes, temiendo constantemente ser despedidas si cometen demasiadas faltas por enfermedad; acuden á clase con tos, con calentura, destrozándose, y dan la lección sorbiendo sus lágrimas, ó caen desmayadas entre los bancos. Por eso, en una ciudad de este reino han establecido, con delicadeza paternal, que las maestras deben someterse, de tiempo en tiempo, á un reconocimiento facultativo por los médicos municipales, ¡como sus títulos!... ¡Oh! «¡Las obreras de los corazones!» Así las han denominado. Para dar una idea de la situación en que se tiene este oficio, baste citar el caso de A, una ciudad de poca importancia, donde una escuela preparatoria para exámenes de reválida, que al principio estaba muy concurrida, quedó completamente desierta así que se estableció en el pueblo una fábrica de esteras en que se daba trabajo á las jóvenes. Todas juzgaron que convenía más trabajar en esteras que en corazones.

Semanalmente, el abogado convidaba á comer á los amigos: un domingo de Agosto fué convidado también al maestro Emilio Ratti, y aquella comida dió ocasión á cierta aventura, que dejó recuerdo indeleble en la vida del joven. Los convidados eran diez. Hallábase entre ellos un profesor de Turín, un hombre hermoso, como de cincuenta años, con una de esas caras muy compuestas y muy pulidas, rodeada por cabellera y barba que parecen postizas; caras que hacen recordar

las reales ó imperiales cabezas de cera que se exhiben en los barracones de las ferias. Dirigía el tal, en Turín, una casa editorial de libros de enseñanza, en la que trabajaban, con la ganancia del uno por ciento de los beneficios, tres ó cuatro profesores y maestros jóvenes, sobrados de ingenio y de hambre, á cuyos trabajos el empresario daba solamente la última mano, ó, mejor dicho, la última patada, y ponía, como rótulo de fábrica, su propio nombre. Regresaba el editor de un viaje, llevado á cabo en el próximo valle para buscar, entre todos los maestros, ciertos datos relativos á escuelas, que le eran necesarios para un trabajo que tenía en el telar, porque el tal señor pertenecía á esa numerosa caterva de maestros que dedican la cuarta parte de su tiempo á la propia escuela, y las otras tres cuartas partes á la reforma general de la instrucción pública. Pero en medio de un gran desbarajuste de ideas mancas, propias del que es oficial de todo y maestro de nada, había en aquella cabeza de cera gran dosis de sentido común, como de hombre nacido para la industria y extraviado en las letras, y allá, en su lenguaje un poco afectado, no faltaban argucias. El editor de Turín ocupaba el sitio de preferencia, al lado de la señora de la casa; frente á ella se sentaba otra señora joven, la única convidada, mujer de un fabricante de puños y cuellos, residente en Turín; esta señora tenía á sus lados un rapazuelo y una niña, lujosamente vestidos, con los cabellos hasta los hombros y las piernas desnudas.

La conversación fué desde el principio muy animada, gracias á la elocuencia irritada del abogado, cuya cólera estaba excitada, según costumbre, por una tontería. Aquella mañana había pasado al lado suyo, por la calle, el majadero del alcalde, y al verle en el rostro de la autoridad había aparecido una sonrisita falsa. Esto le hizo pensar que debía de haber gozado alguna satisfacción, de la cual creería que él, Samis, era sabedor y estaba envidioso; y efectivamente, una vez en casa, había visto en «El Pueblo», recibido una hora antes, un articulejo enviado desde Altarana, en el cual se elogiaba mucho al Ayuntamiento, y muy especialmente al alcalde, por la venta muy beneficiosa

de ciertos terrenos del Municipio, colocados en la cima de un monte, y donde un veraneante medio loco deseaba labrar un mirador ó una torre, para los alpinistas. La sospecha, la seguridad absoluta de que aquel pinche disfrazado, comparase con aire de triunfo, allá en su corazón, aquel articulejo lleno de plácemes, con la crítica severa de su libro «Hipocresías de la ley», habíale excitado los nervios. Apenas concluido el primer plato, asaltó al enemigo con una descarga de epigramas feroces, contando al profesor turinense la historia de la señorita Galli.

El profesor se reservó tomar notas para después de la comida. Aquel suceso, lo mismo que otros muchos, le confirmaban en su creencia de que la condición de los maestros, en los pueblos pequeños, tal cual se hallaba al presente, era absurda, y además ridícula; entre varias otras razones, por la principalísima de que se hallan solicitados, por acá y por allá, por fuerzas iguales y contrarias, como los que antiguamente condenaban á ser descuartizados. Los solicita, por una parte, el alcalde y el superintendente; por otra, el delegado y el inspector, que frecuentemente están entre sí como perros y gatos; muy á menudo se agrega el cura, que disiente de todos los otros, y quiere atraer al maestro hacia el confesonario. De modo que el infeliz profesor se ve molestado, vejado por todos, y no ayudado, ni protegido eficazmente por ninguno. El medio único, según el editor, de dar al maestro la independencia, la seguridad y la dignidad apetecibles, era restablecer la autonomía del Consejo académico, presidido por el Provisor con dos maestros ó cuando menos, uno, escogido en el cuerpo docente, y con la facultad de dar nombramientos, de otorgar promociones, de disponer traslados, y con la obligación de conceder audiencia á los maestros acusados que desearan justificarse ó defenderse. El, además de esto, suprimiría los delegados, que, ó no se cuidan de las escuelas, y entonces son inútiles, ó se cuidan demasiado, y entonces chocan con las autoridades municipales, y los sustituiría con el maestro de más merecimientos de cada distrito; fijaría los sueldos en un «mínimum» de ochocientas pesetas para las maestras y mil para

los maestros, disponiendo que concurriesen á pagarlos Municipios, Provincias y Estado; reformaría el Monte de Jubilaciones y Pensiones, fundaría premios, establecería gratificaciones, concursos de honor...

Pero el abogado, que era uno de esos pesimistas de afición á quienes no gusta oír á nadie hablar de remedios, por no ver perturbada su satisfacción de pensar mal, contestó el profesor:

—Nada, nada... ¡tiempo perdido! y perdone usted. Todas esas reformas de escasa importancia no resolverían el problema de la enseñanza elemental de los maestros. ¿Y sabe usted por qué? Voy á decirle mi opinión: porque el problema es irresoluble.

El profesor, que resolvía todos los problemas, manifestó su asombro.

—Sí, señor—prosiguió diciendo el abogado;—no hay más que esa pequeña dificultad: el problema no tiene solución. Andamos hace ya mucho tiempo amontonando palabras y libros para obtener lo imposible. En resumen, ¿qué es lo que nosotros queremos? Necesitamos cincuenta mil maestros elementales, esto es, cincuenta mil personas que sepan instruir y educar á los niños; lo cual equivale á decir: que sean relativamente cultas, que estén dotadas de una aptitud singular de inteligencia y de carácter, de corazón bondadoso, de modales corteses; que sean laboriosas y sufridas; que se perfeccionen incesantemente, y que vivan con dignidad para dar, con la enseñanza, el ejemplo; queremos, en fin, cincuenta mil personas que reunan en sí un conjunto de cualidades intelectuales y morales delicadísimas, que muy rara vez se hallan reunidas y que casi nunca se exigen todas juntas ni aún para la más dificultosa de las demás profesiones. Pues bien; yo digo á usted que el país no puede dar ni la mitad siquiera de ese número de tales personas, y no lo dará aunque se dupliquen los sueldos, ni aunque se mejore todo; hágase lo que se hiciera, no podrá conseguirse nunca que la profesión del maestro sea retribuida proporcionalmente á lo que exige y á lo que cuesta, ó sea del modo propio para atraer á ella la juventud que podría ejercerla dignamente. Es, por lo tanto, inevitable, está en la naturaleza misma

de las cosas, que el Magisterio elemental haya de vivir siempre decadente, y no ya sólo entre nosotros, sino en todas partes. Y poco más, poco menos, en todas partes está lo mismo. Reforme usted cuanto quiera, no logrará que el país le dé lo que no tiene, y lo que no le convendría dar, puesto que lo tuviera.

El profesor se encogió de hombros.

—¿Por consiguiente—replicó,—en concepto de usted, no nos queda ningún recurso sino el de cruzarnos de brazos y dejar que las cosas vayan por su pendiente? Esta es, en buena lógica, la conclusión de usted. Yo la considero el peor de los errores. Nosotros no pretendemos tener cincuenta mil maestros perfectos; procuramos, por todos los medios posibles, disminuir el número de los pésimos. Si nada hacemos, es inevitable que este número, dado que no aumente, siga siendo el que hoy es, aunque yo aseguro que crecerá. Es menester, por tanto, hacer algo. Salvo el caso de que usted me sostenga que maestros, instrucción popular, escuelas, todo junto, debe enviarse enhoramala, porque es todo inútil y la educación de la infancia una utopía.

—¡Oh! escúcheme usted—respondió el amo de casa, picado por la contradicción señalada,—yo no digo que sea una utopía, porque no lo creo. Pero lo que sí creo, y lo creo muy firmemente, es que, en lo respectivo á la influencia educativa de la escuela, lo mismo que en bastantes otras cosas, nos forjamos muchas ilusiones. Comprendo la educación con el ejemplo, la buena impresión que pueden dejar en el ánimo del niño ciertos hechos, ciertos caracteres, ó modos de proceder de sus padres ó de las personas con quienes vivan ó á las que traten con intimidad. He conocido á un muchacho muy díscolo que se cambió completamente sólo por un rasgo nobilísimo de su padre: éste, en el momento mismo en que bajo sus pies iba desgarrándose una rama de cerezo, muy alta, á la que se había encaramado, y cuando estaba muy seguro de que en la caída había de romperse un brazo ó una pierna, lejos de pensar en el propio peligro, indicó á su hijo, llevándose el índice á los labios, que no gritara para no alarmar á su madre, que estaba en el

fondo del jardín y que padecía del corazón; cayó, se rompió efectivamente una pierna y continuó indicando con el ademán:—¡Silencio! Creo en la influencia educativa de cosas por ese estilo. ¡Pero en la educación moral de la escuela, que consiste toda ella en palabras! Las palabras no producen impresión alguna en los niños cuando no son corroboradas con hechos que ellos ven en su casa y fuera de su casa. Por ahora, la verdad es que los hechos que en su casa ven, no solamente no corroboran, sino que desmienten continuamente las palabras que oyen. A la edad de ocho años comprenden el juego casi todos; adivinan el propósito general, de padres y de maestros, de hacer que los chicos sean mejores que los grandes han sido y siguen siendo, y conocen que para obtener este resultado padres y maestros insisten tanto más en exhortaciones, cuanto menos pueden presentar el ejemplo de ellos mismos. Y se acabó todo. ¡La educación de la escuela! Muy buena, muy santa...; pero media picardía adivinada en la familia, alguna escena vislumbrada por el ojo de la llave, una página de tal ó cual libro que olvidó el papá, destruyen en pocos minutos los efectos de seis meses de moral hablada por el maestro; y esto sucede todos los días. ¿De qué sirve que los niños oigan hablar de virtudes durante una hora de cada día, si oyen, ven y respiran vicios por todas partes en las otras once horas? Querido profesor, una generación no educa á otra sino con lo que hace, y jamás obtendrá resultado alguno con lo que dice. «Nuestros hijos serán mejores que nosotros...» para mí ese es el más necio de los lugares comunes del lenguaje humano, cuando al decir eso nos fundamos sobre el simple efecto de nuestras recomendaciones orales ó impresas. Aunque la educación escolar tuviese, en efecto, esa grande influencia, y aún en el supuesto de que hubiese en Italia cincuenta mil maestros discretos, creo que estaríamos siempre lo mismo, porque es una educación difícil para dada con fruto, que exige un carácter, una manera de sentir, un arte de hablar más excepcionales aún que el talento, y á duras penas habrá, entre diez maestros buenos, uno que lo sea tanto. ¿Encontrará usted entre diez padres de familia cultos,

uno solo que sepa educar á sus hijos, aunque sea únicamente de palabra? Los padres suelen resignar sus poderes, en lo que corresponde á la educación, en los maestros; los maestros dicen, y lo dicen con mucha razón, que nada pueden hacer sin el auxilio de las familias, y de este modo la educación viene á convertirse en una palabra vacía que hacemos resonar en nuestros oídos, como ciertos autores se complacen en repetir el título de una obra que no escribirán nunca, ni sabrían escribir si, por acaso, lo intentasen.

—Entonces, dígame usted, y perdone—dijo el profesor subrayando su observación con una sonrisa irónica;—¿en qué podemos fundar la esperanza del mejoramiento nacional?

El abogado no había pensado en esto; buscó apresuradamente la contestación y exclamó:

—¡En una guerra!

Casi todos los comensales lanzaron una exclamación de disentimiento.

El abogado se apasionó por aquella idea como si la hubiera tenido siempre, y repitió:

—«Sí, en una guerra, de resultado próspero ú adverso, eso no importa; que sacuda al país hasta la médula de nuestros huesos, que nos haga pensar, querer, verter nuestra sangre, padecer, existir mirando cara á cara á la muerte, hasta tal extremo, que no volvamos á reir en el transcurso de diez años.» Todos protestaron de nuevo, ya gritando, ya riéndose, y en medio de las distintas voces se oyó una carcajada franca y ruidosa de la convidada, para quien el abogado estaba hablando en broma. Emilio la observaba con gran curiosidad desde el principio de la comida. Era una señora muy hermosa, entre los treinta y los treinta y cinco años, de cabellos negros naturalmente ondulados, de cara, ojos y boca redondos, de seno abultadísimo y alto; envuelta en un vestido negro de seda, adornado con cintas de color de rosa y de blondas riquísimas. Escuchaba con mucha atención á los discutidores, y como era excesivamente miope, mirábalos con ojos medio cerrados y fijos, como si realizara un esfuerzo grande para comprender; y cuando echaba de ver que se reían los demás, ella se reía también, bajo la fe de

los otros, con la boca abierta en forma de un trapecio pequeño, como la de un niño de pecho, mostrando sus dientes pequeñísimos y blancos y dos hoyuelos en las mejillas; pero se adivinaba perfectamente que no entendía el sentido de lo que allí decían. Comía vorazmente, además, como buena montañesa.

El profesor respondió al abogado muy sosegadamente:

—Usted no cree en la educación de la escuela; yo, á mi vez, no creo en la educación de la guerra.

La guerra no es sino una matanza execrable, que nosotros practicamos por costumbre ó por conveniencia. Si fuésemos vencidos, la consecuencia sería la destrucción, la ruina; si venciésemos, la embriaguez del triunfo nos trastornaría la cabeza por un cuarto de siglo. Por mi parte, creo evidente el mejoramiento del país por medio de la escuela popular, cuando se mejoren simultáneamente los reglamentos de enseñanza y los maestros; lo estimo tan verdad, cuanto lo es que da mejor fruto un terreno cultivado que otro sin cultivar; y tanto mejor, cuanto está mejor cultivado. Esto, amigo mío, es incontestable. Ahora, para tener mejores maestros, sería absurdo negar que contribuiría sobre todo el hacer que fuese más desahogada y más segura la condición del Profesorado; lo cual, haciendo que concurrieran á la enseñanza primaria elementos más numerosos y de más valer, daría el medio de elevar mucho la idoneidad y de llevar á cabo una selección más provechosa. Entre tanto, dígame lo que se diga, tenemos en Italia elementos óptimos, que muy difícilmente se reunirían en otras naciones. Tenemos maestros que, aún no poseyendo una cultura extraordinaria, saben armonizar en la enseñanza la imaginación con el sentido común, la seriedad con la alegría, sin perder ni tiempo ni autoridad, con un admirable tacto intuitivo, de artistas de nacimiento. Los hay que sin medios, sin libros, con familia á la que sostener, teniendo que escatimar un céntimo para vivir, sin esperanza alguna de mejorar su situación, estudian y progresan constantemente, y sólo por la pasión fervorosa y desinteresada que su profesión les inspira. Todos los inspectores encuentran alguno de éstos. Vaya

usted á informarse, señor abogado. Encontrará maestros, obreros desconocidos y cuya historia podría escribirse con letras de oro en libros de enseñanza y que haría ruborizarse á muchos profesores ilustres que ganan más billetes de cien pesetas que lecciones dan en un año, y que utilizan la cátedra como el titiritero aprovecha el tabladillo que pone delante de su barraca; para ellos la barraca es la literatura, es la ciencia...

Cuando escucharon esto algunos comensales, cambiaron entre sí una mirada, pensando en cierta imprenta, montada al vapor, para publicar libros de enseñanza, y el abogado se encogió de hombros.

—Esos son los héroes—replicó,—y los héroes no pueden ser tenidos en cuenta en un país; son como los premios mayores de la lotería, que no enriquecen á una nación. Son muy raros. De tal modo son raros, que cuando aparece uno, se le erige una estatua.

—¡Oh! No, no son tan raros los maestros excelentes—replicó el profesor, tenaz en la defensa de una clase que era el instrumento de su fortuna.

Y señalando hacia Emilio prosiguió:

—No quiero señalar á los presentes...

La señora guapa, como viese que algunos sonreían, creyendo que habían dicho alguna chanza, soltó una carcajada exclamando:

—¡Ah! tiene gracia.

Pero el profesor fué interrumpido por los comensales, que le pidieron noticias de su estudio escolar en el valle contiguo, por la cual se vió precisado á presentar la medalla por el reverso, hablando de un maestro, muy original, que había aceptado el encargo de dar clase en una barriada reducidísima, por doscientas ó trescientas pesetas al año, bajo condición expresa de no llevar registros, porque no sabría por dónde empezar. Este, en los días de sol, colocaba á sus pocos discípulos en un carro en el que había puesto, para que sirviesen de bancos, ejes apoyados en los guardacantones; como el tal maestro poseyese un pedacillo de terreno, había imaginado en pro de sus intereses una especial teoría de educación, apoyándose en cierta máxima de Pestalozzi, interpretada á su manera: «Que la agricultura era la mejor ocupación que debía acom-

pañar, si era posible, á las lecciones de la escuela.»

—Es menester—decía,—«reconducir» los hombres hacia la tierra, que es la madre común; en el cultivo de la tierra se halla la moralidad, la paz del corazón, el manantial de todas las ideas nobles; y con tan hermoso pretexto hacía que los discípulos le labrasen su huerto; también, para acostumbrarlos á las faenas domésticas, les obligaba á que le guisasen la comida y le diesen lustre á los zapatos.

Riéronse todos; pero el profesor, para corroborar el juicio emitido anteriormente, citó en seguida otro ejemplo:

Un maestro del pueblecillo de Stacco, un joven de unos treinta años, hijo—fijense ustedes en esto—de un sepulturero: el ave fénix del Profesorado, que poco á poco se había convertido, á fuerza de bondad, de agrado, de cordura y de proceder honrados, en el árbitro del pueblo. Su primer paso en el camino de la fortuna y de la gloria había sido una mención honorífica ganada en un concurso publicado por el Director general de Establecimientos Penales y por la «Revista de disciplina carcelaria», por un libro de sana lectura para los presos. El pobre joven, por falta de cultura literaria, no había sabido dar á su trabajo la forma pedida; pero había hecho un libro en el cual, en medio de inexperiencias, había tan excelente criterio, tantas ideas buenas y sentimientos tan generosos, que se le había otorgado, con la mención, un modesto premio; y como un artículo encomiástico de cierto periódico hubiese destrozado las últimas tentativas de oposición que le hacía el sacristán (un viejo ambicioso y autoritario á quien todos pedían consejos en el pueblo), el joven había vencido á su adversario y llegado al apogeo de la preponderancia que puede lograr un maestro de aldea.

No podía decirse cuánta era la laboriosidad de aquel joven, los beneficios que hacía al pueblo desarraigando preocupaciones, reconciliando enemigos, trayendo al buen camino á muchachos de malas condiciones, despertando la afición á la lectura en las familias, sin abandonar nunca la modestia que desde el principio le había conquistado todas las simpatías. Era cosa de

recordar y repetir aquellas frases de Lutero: «Un buen maestro no puede ser pagado con todo el oro del mundo.» El mismo había presenciado en casa del maestro una escena inolvidable. El joven, que estaba casado, tenía un hijo bastante enfermizo, al cual un médico de Turín, que se hallaba de paso en el pueblo, había recetado quince días de respirar aires del mar. Pero ¿cómo llevar al niño á Liguria con aquella escasisima paga, que no le permitía hacer el más insignificante ahorro? El maestro se desesperaba. Pero su mujer, muy joven aún, había vendido á escondidas sus pocas galas y sus joyas de novia, y una noche, poniéndole en la mano el dinero, hábale dicho:

—Toma; ahí tienes con qué irte á las orillas del mar con nuestro «Beppino».

Al día siguiente había partido el maestro, llevando en brazos á su hijo hasta la cabeza del distrito para ahorrar el gasto del carruaje.

—Estas no son cosas de novela, señores,—dijo para terminar el profesor.

Los comensales le preguntaron acerca de otros maestros que había encontrado más allá, penetrando en el valle.

¡Ay! Cuanto más adentro se iba, tanto peor estado se encontraba; era aquello como una ascensión hacia la cima de las desventuras. Después del maestro de Stacco, estaba el de la «madre tierra». Después había encontrado otro, de bastantes años, que durante el invierno, como no pudiese calentar suficientemente la escuela, daba su clase en un establo; los alumnos escribían con lápices que un aldeano cortaba, por favor, con su podadera. Más adentro aún, había encontrado una maestría montañesa, con su capote de paño escarlata, que llevaba animosamente su banasta al hombro, y que en los peores meses del año iba de un caserío á otro para dar lecciones, armada de su bastón de alpinista, con sus botines de paja y sus «raquetas» (1) en los pies; la pobrecilla tenía por escuela

(1) En el diccionario de la Academia no aparece esta acepción de la voz «raqueta», que es definida: «Pala del juego del volante»; pero en Italia (y también en Francia) un calzado «sui generis», muy primitivo, poco menos

una especie de cantina, donde, como faltaban bancos, algunas discípulas habían de sentarse en piedras, y cuando se amontonaba la nieve en la ventana ó en la puerta, necesitaban escapar todas para no morir asfixiadas. Para concluir, en lo último del valle, en el postrer confin del mundo habitado, bajo la región de las nieves perpetuas, había aún un maestro, sacerdote, que tenía por escuela un yermo comprendido entre la iglesia y el camposanto; era aquel maestro una figura de anacoreta, viejo, con una sotana verde y con los zapatos rotos; alimentábase con patatas y carne de marmota; tenía con él á una criada, anciana, contrahecha y desmedrada, que cubría á su amo los pies con trapos viejos para que fuese á dar lección. Estos eran ya la última expresión de las lástimas que agobian á los educadores del pueblo; después de esto ya no se concibe más que la muerte.

Con estas fúnebres impresiones se levantaron de la mesa; pero era tan bello y se encontraba tan florido el jardín que se extendía delante de la posesión, dominada por una torre roja y por un pino altísimo; gozábase desde aquellas alturas de una vista tan espléndida del torrente, de los bosques y las montañas proyectándose en recortes blancos y rojizos sobre el horizonte dilatado, que muy pronto se reanudaron las conversaciones alegres. La concurrencia se desparramó por el jardín. El maestro fué llamado por la señora de Samis á un cuartito del piso bajo de la torre, donde halló á la señora convidada; ésta, al presentarse Emilio, mandó á los chicos que se fuesen á jugar. La señora de Samis necesitaba dirigirle, en nombre de su amiga la señora de Ribbani, un ruego que, al parecer, le desagradaba dirigir en aquel momento.

—No es la ocasión muy oportuna—dijo efectivamente;—pero el señor Ratti lo perdonará.

Tratábase de una lección particular. La señora de Ribbani deseaba que Ratti diese algunos repasos durante las vacaciones á su hijo, el cual para el día de Todos los Santos debía sufrir examen, por haber salido suspenso en el de la promoción de la tercera á

que propio de salvajes; y como no existe otra palabra castellana en que significar lo que el autor ha querido decir, he conservado ésta. (N. del T.)

la cuarta elemental en las escuelas municipales de Turín.

El maestro se mostró algo dudoso, manifestando que en Agosto y Septiembre debía, por deseo del alcalde, dar un cursillo á los suspensos de su clase.

Pero la señora guapa insistió; le suplicó que hiciese aquel favor á su Oscar. No pronunciaba la *erre*, produciendo en su lugar un sonido de papagayo, *Oscad*. Se trataba de muy poca cosa; una horita tres días á la semana; no era sino para asegurar al niño un poco en la *aditmética*, porque solamente en *aditmética* había quedado suspenso. «Además, dijo, es un niño de tan buena voluntad, y tan gracioso y tan dócil, que le dará muy poco trabajo.»

—Vamos—agregó con mucho agrado la señora de Samis; yo creo que usted puede dar gusto en eso á esta señora.

—Hubiera yo podido llamar—dijo ésta,—á la maestra señora Falbrizio, que el año pasado dió algunas lecciones á la niña; pero ya comprenderá usted... para un niño una maestra no sabe lo bastante.

Y prosiguió apresuradamente:

En cuanto á la retribución, yo no reparo en el precio.

Emilio se sintió ofendido; también la señora de Samis hizo un gesto de disgusto.

—Tampoco yo reparo—contestó el joven con alguna aspereza.

Pero aquella frase había sido dicha con tan evidente atolondramiento, que el maestro se desenojó pronto; además, aquella señora tenía trazas de ser tan buena como atolondrada.

—¿Ha dicho usted—preguntó Emilio,—de la tercera á la cuarta?

A lo cual dijo ella:

—¿He dicho de la tercera á la cuarta? Pues he mentado. Debe de ser de la segunda á la tercera...; eso, de la segunda á la tercera precisamente. Puede usted fijar las horas que le sean más cómodas; venir, por ejemplo, de tres á cuatro de la tarde. Nuestra posesión está á unos doscientos pasos más allá de las Casas Consistoriales, donde hay un kiosco que tiene

una banderola. Tenemos allí un cuarto muy hermoso para que den ustedes sus lecciones.

Y dirigiéndose á la señora de Samis, dijo:

—Aquella habitación tapizada de azul turquí, donde dormía la doncella el año pasado, ¿se acuerda usted, señora de Samis, que entró usted una mañana para arreglarse un poco el vestido?

También aquel pormenor de la doncella desagradó al joven; pero la ingenuidad hacía que pasase la impertinencia.

—Como decíamos—tornó á decir la señora vivamente, acercándose al maestro con la familiaridad inconsciente de los míopes, sólo se trata de asegurarle un poco en la composición italiana; en lo demás está preparado. También podría cuidar un poco de la caligrafía, porque, á decir verdad, sus letras parecen pisadas de gallina.—Y se echó á reír.—En fin, usted verá.

El maestro preguntó la edad del niño.

La señora levantó los ojos hacia el techo, y contando con mucha precipitación por los dedos, contestó:

—Ocho años—y de repente corrigió:—ocho y medio. Son pocos, ¿verdad? ¡Pero es ya tan listo! ¡Si supiera usted!... Un diablillo desencadenado. Precisamente por eso le suplico mucho, mucho, que tenga paciencia, señor maestro, porque al cabo es un niño mal acostumbrado y le hará desesperarse. ¿Le vendría á usted comenzar mañana?

Convinieron en principiar al día siguiente, y salieron los tres á reunirse con los demás convidados; la señora de Ribbani muy contenta, y la señora de la casa mirando á Ratti con disimulada sonrisa.

UNA SORPRESA

Al día siguiente fué el maestro á dar la primera lección. La quinta tenía en su parte anterior un jardín, cubierto de cuadritos de flores, y en un ángulo del jardín una especie de cenador para tomar café; era aquel pabelloncito de forma hexagonal, y tenía cuatro ventanas, cubiertas con persianas verdes y una montera cónica de cinc. Cuando entraba vió Emilio, muy cerca del pabelloncito, á la maestra Falbrizio, que charlaba amigablemente con la doncella; y herido en el sentimiento de su decoro profesional por aquella familiaridad de una compañera suya con la doméstica, pasó adelante, fingiendo que no la había visto. Un criado imberbe le hizo penetrar en el cuarto azul turquí contiguo al saloncillo, que se veía por el hueco de la puerta. Era una casa rica, pero desordenada, llena de hermosos muebles, cubiertos de polvo, con periódicos de modas, abanicos, juguetes desparramados en el sofá y en las sillas. Cuando apareció la señora con el niño, no hubo manera de encontrar un tintero, y fué preciso que el criado fuese á buscar el suyo. La señora se consideró en el deber de presenciar la lección, y tomó asiento cerca de la mesita, enfrente del maestro, en actitud de atención grave. Bastaron al joven diez minutos para conocer á su discipulillo; estaba muy atrasado. Mientras le explicaban la lección se entretenía en coger con ambas manos, ya la una rodilla, ya la otra, y siempre que el maestro le preguntaba: ¿está usted enterado? respondía con desenfado:—Enteradísimo.—Y se había enterado al revés; y lo que era peor, insistía en su fingimiento, embrollando las palabras y echándolo todo á barato con

una impudencia de abogado trapisondista. La señora se levantó y desapareció, dos ó tres veces, por algunos momentos. En uno de esos intervalos oyó el maestro risas detrás de una puerta, que todavía no había visto, y un rumor sordo, como de lucha, en la que creyó reconocer la voz del criado, que debía de estar pellizcando á la doncella; después oyó que tocaban el piano en el saloncillo. La señora vino á preguntarle si le molestaba aquel ruido, diciéndole que era la profesora de piano que daba lección á la niña. El joven respondió que no, pero de tal modo, que daba á entender claramente que sí; pero la señora no lo entendió. Creyó el maestro que en la lección siguiente le dejaría solo con el discípulo, pero la mamá asistió también á ésta, teniendo entre las manos un libro sin encuadernar, una novela italiana; de cuando en cuando echaba una ojeada al libro, y después tornaba á escuchar, con la boca abierta, como si quisiese sorber las palabras, y á veces sacudía la cabeza para echar hacia atrás un mechón de cabellos negros que caía sobre su frente de muchacha. Emilio la miraba á hurtadillas: tenía la nariz demasiado corta y un pecho que ya pasaba de la raya; pero era una mujer hermosa, y no manifestaba ni sombra de coquetería. Su presencia, sin embargo, le importunaba como importunaría á quien lee un libro, una mancha de color muy vivo en el margen. Al tercer día la señora le hizo retrasar más de un cuarto de hora la lección con una multitud de niñerías, diciéndole cómo se había aburrido en los baños de Sestri; que su marido vendría á buscarla á principios de Septiembre para llevarla á Roma; de qué modo se proponía pasar el otoño en su casa de labranza, donde permanecía todos los años en la época de las vendimias. De repente le preguntó si el niño había adelantado mucho en aquellas dos primeras lecciones. En seguida se puso á escuchar muy atentamente la lección, mirando con fijeza hacia la pared y aprobando con el movimiento de la cabeza; á ciertas inflexiones de voz del maestro, que estaba comentando una narración cariñosa, se volvía á mirarle con curiosidad, como si hubiera oído notas de un instrumento oculto. Como hubiese oído el vocablo *mirífico*,

lo repitió muy quedo, casi para ella misma, como si se preguntase qué significaba. Por último, habiendo dicho el maestro *bien*, á una contestación acertada, la señora abrazó á su hijo y lo besó con efusión, como si aquella respuesta hubiera sido alguna ráfaga de genio.

Pero en las lecciones sucesivas comenzó Emilio á verse importunado muy de otra manera. Iban muchas señoras á visitar al ama de la casa, y allí, en el saloncillo, charlaban á voces y reían á carcajadas, sin miramiento alguno, mientras él daba sus lecciones. Cierta día oyó la voz de un caballero, que hablaba en voz baja con la señora, y llegó á sus oídos cierto ruido, como de una mano que choca con otra mano, y que le inspiró sospechas. Al día siguiente, no bien hubo comenzado su lección, penetró el criado, que llevaba un azafate con la merienda para el niño, y muy poco después sobrevino la madre para suplicar al maestro que tuviese la bondad de permitir al *nenito* que merendase, mientras él le explicaba, porque había de salir á las cuatro en punto para una jira de campo. Emilio, enojado, permaneció sin despegar los labios hasta que el muchacho hubo concluido de masticar sus fiambres y sus pastas; pero ella no echó de ver siquiera aquella demostración de disgusto. Parecíale tan obtusa y tan vacía de cascos, y al propio tiempo tan inocentón aquel hermoso pedazo de mujer, con aquella frente de muchachuela y aquellos pechos de ama de cría, que siempre acababa el maestro perdonándole ese y todos los demás atolondramientos, encogiéndose de hombros. Pensaba, no obstante, de vez en cuando, en la injusticia de la suerte, comparando aquella mujer, nula y ociosa, que nadaba en la abundancia y se movía entre oro, con aquella buena y animosa joven, vecina suya, cuya existencia era tan laboriosa, y tan noble, y tan útil, y que tenía apenas lo suficiente para aplacar el hambre.

Pero cierto día faltó muy poco para que la enviase muy enhoramala. Había terminado la lección, y ya no estaba allí el discípulo; en el saloncillo se oían las voces de varias personas, que probaban un vino blanco; entró la señora muy apresuradamente, para supli-

carle que se detuviera todavía algunos minutos, y desapareció, y poco después llegó el criado, que le llevaba una copa de vino. Aquella copa, ofrecida de tal modo, como á un cochero, sin haberle invitado á entrar con los otros en el salón, sin haberle acompañado ni un instante, le humilló. Emilio no bebió, y salió de allí sin dar gracias, y con el firme propósito de manifestar, en otra ocasión, con su seriedad fría á la señora aquélla, que había procedido con muy poca delicadeza. Pero cuando el maestro volvió al día siguiente, hizo la pobre señora otra majadería, que borró del todo la primera, como un desgarrón puede quitar una mancha en el vestido. Presentóse con el aspecto regocijado y risueño de quien da una buena noticia, y le preguntó en voz baja si quería que le presentase á un caballero que estaba en el saloncillo, un personaje de gran importancia, jefe de sección en el ministerio de «Instrucción Pública»; en fin, una de esas personas á quienes es bueno tratar, porque pueden mucho, y una recomendación de éste podría ayudarle en su carrera, aunque sólo fuera para conseguir alguna gratificación, como lo habían logrado bastantes otros que ella conocía. Después de todo lo cual, terminó diciéndole:

—Venga usted, venga usted, y no tenga miedo: es un hombre muy llano y sabe alternar con toda clase de gentes.

El maestro rehusó de un modo terminante, respondiendo que no había menester de nadie; y echando una ojeada á la tarjeta que la señora le enseñaba, no pudo contener una sonrisa al leer: *Fulano de Tal*, jefe de sección en el ministerio de *Obras públicas*.

La señora paró algo mortificada por la negativa, y sin insistir más, salió del cuarto. Pero poco antes de que Emilio acabase su lección, tornó á sentarse en su sitio de costumbre. ¡Era indudablemente una criatura original! En ocasiones, parecía á Emilio que le miraba con cierta expresión de simpatía, y también él la miraba fijamente; pero á lo mejor, como si de pronto despertase, la señora se ponía á mirar á otro lado; casi se adivinaba que se decía á sí misma:

—Pero ¿en qué estás pensando? ¡Con un maestro!

Después volvía á mirarle, y siempre con cierto aire de benevolencia sencilla y franca, en la cual aparecía á las veces, el deseo de agradar, aunque no el arte de conseguirlo; semejava una mujer que tuviera, con intermitencias, el capricho de ser algo coqueta para hacer lo que todas hacen, pero que no supiera serlo, y que renunciaba á realizarlo al convencerse de que no sabía.

Así y todo, Emilio habría continuado con sus lecciones como Dios le hubiese dado á entender si la señora no le hubiera hecho otras dos barrabasadas, una después de otra, y ya realmente de grueso calibre. Entró cierta tarde en el cuarto como un huracán, y palmoteando y dando voces, dijo al niño:

—*Plonto, Óscal, plonto*, ha llegado el tío: hoy no se da lección.

Y como viese entonces al maestro un poco disgustado, se apresuró á decirle con amabilidad:

—¡Oh! No se apure usted por esto; contaremos también esta lección como si la hubiera dado.

Y echó á correr con el niño, sin dejarle tiempo para contestarla.

Volvió el maestro dos días después, con la intención deliberada de darle una leccioncita de esas que se recuerdan siempre, y hasta con las palabras preparadas y dispuestas para producir el apetecido efecto; pero la señora se le adelantó de una manera imprevista, aproximándosele tanto, tanto, con esa desfachatez de los míopes, que el joven sintió en su rostro el aliento caldeado de aquella mujer, y esta impresión contuvo su enojo.

—Esta noche,—le dijo en tono confidencial,—tenemos á comer varios veraneantes para celebrar la llegada del tío; mi marido ha llegado de Turín adrede, y pasará aquí un día. Yo, por mi gusto, también habría convidado á usted, y lo mismo mi esposo. Pero con algunas personas nunca se sabe lo que conviene hacer... El tío es un bendito de Dios... pero un poco aristócrata, ¿sabe usted? Otra vez comerá usted con nosotros, en familia, y convidaré también á la maestra señora Falbrizio.

La grosería cayó sobre Emilio tan á quemarropa

31055

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FONDS REYES
BARRERET, MEXICO

fué dicha además con aire tan buenazo, y tan cándido, que el joven no halló de pronto palabras con qué responder; pero cuando se halló fuera de la casa, llevaba revuelta la bilis.

—¡Hasta este extremo—pensó,—he dejado llegar á esa borriquilla sin substancia! Nada; que me considere exactamente lo mismo que á un criado. Ya no falta sino que un día me dé las botas del niño para que se las limpie. No es posible que todo esto sea solamente ignorancia; hay debajo mucho desprecio, es evidente, y la intención escondida de humillarme. ¡Oh cuadrilla de vaqueros incultos! Yo os daré una lección de buena crianza, que conservaréis en la memoria por mucho tiempo.

Volvió á la siguiente lección, decidido á decir á la señora, al tío, á cualquiera que estuviese presente, que le permitiesen no continuar, y por qué causas, sin atenuar en lo más mínimo nada, sino la expresión de su amor propio ofendido. Pero en la puerta del jardín hallábase esperando la doncella, que, al verle, se apresuró á decir, con una sonrisita ambigua, «que habiéndose retrasado la comida dos horas, *los amos* estaban todavía en el comedor, y le rogaban que volviera una hora después...»

La sangre se le subió al rostro, y una frase dura llegó hasta sus labios; pero avergonzándose de desahogar su indignación con una criada, logró dominarse, volvió la espalda, y sin contestar, se alejó, resuelto á no poner más los pies en la casa, y agitado por mil pensamientos rencorosos de venganza. Todo su antiguo encono de maestro humillado contra esa aristocracia del dinero, mal educada y vanidosa, tornó á levantarse en su alma, y las antiguas ideas de venganza social encendiéronse en él con la violencia de una llama alimentada por materias resinosas. El mismo procuró avivarlas, y por largo rato, con rabiosa voluptuosidad, dió pasto á su imaginación con una soñada turba de proletarios descamisados que penetrasen, como irrupción desencadenada, en aquel jardín, en aquella posesión, pisoteando, destrozando, pulverizándolo todo, persiguiendo de habitación en habitación, á patadas y á estacazos, al tío aristócrata, al marido, explotador de

trabajadores, y hasta aquel pedazo de carne insípida y cubierta de joyas, engreída con el goce de lo mal adquirido, que exhalaba por todos sus poros la ignorancia de un juguete de serrallo y el desprecio á la pobreza que ella merecía. En ese estado de ánimo llegó á su casa, y se desahogó contándose todo á Faustina que, aún en medio de su estupor, parecía que se alegraba de lo sucedido, y apoyó con calor la determinación del maestro, de romper definitivamente con aquella señora. Pero á Emilio no le bastaba eso. Quiso que la señora Ribbani supiese la causa verdadera de aquella ruptura, y muy convencido de que sus palabras serían reproducidas desde la primera á la última, fué á decirlo todo á la maestra señora Falbrizio.

—Vaya usted á repetírselo—le dijo,—usted que es de la casa, y dígame también que dejó plantados á la mamá y al chico, por las razones que he tenido la honra de exponerle, todas las cuales me han demostrado que la señora de Ribbani no tiene una idea bastante clara de la diferencia que existe entre un maestro y un mozo de caballos.

La señora Falbrizio dió en todo la razón al maestro, replicando, no obstante, con una de sus sonrisas benévolas y llenas de malicia, que en el fondo la señora era digna de lástima, porque no pertenecía á una familia... Su madre había tenido un puestecillo de mercería en los soportales de la plaza municipal de Turín; ella misma había manejado el metro hasta la edad de catorce años; el señor Ribbani la había visto en el puesto, y se había enamorado de ella; y era necesario decir asimismo que, no solamente era hermosa, sino buena también; un corazón de oro, y una señora que, «dijeran lo que dijeran de ella», observaba una conducta superior á todo encarecimiento.

Dos días después, el criado de la señora de Ribbani fué á casa del maestro á preguntar de parte de su ama por qué no había vuelto á parecer, y cuándo volvería á dar lección; la señora Falbrizio nada había dicho todavía. El maestro contestó que él escribiría. Escribió, efectivamente, al otro día una carta muy seca, en la cual, sin decir por qué, suplicaba á la señora

que le dispensase de continuar dando lecciones. La señora, que no escribía nunca, envió á preguntar con palabras muy corteses la razón de aquella respuesta. El maestro no contestó. Volvió por tercera vez el criado con una carta en que debía de venir dinero, reiterando el ruego de que volviese ó se explicase. El joven no recibió la carta y no se explicó. Entre tanto, había transcurrido una semana, durante la cual la señora Falbrizio nada había dicho, para darse el refinado placer de tener en su mano por algún tiempo los hilos de aquel delicado asunto. Por último, fué una vez más el emisario de siempre, con un aire de humildad que debía de ser reflejo del estado de ánimo de su ama, para rogar con insistencia al maestro que hiciese el favor de ir, aunque fuese un momento sólo, á ver á la señora, que estaba disgustadísima y que deseaba decirle una cosa de mucha importancia. La señora Falbrizio había hablado. Emilio acudió al llamamiento.

La señora estaba realmente afligida, porque no había humillado al joven por altanería, sino por no tener la más remota idea del puesto que un maestro ocupa en la extensísima escala de las personas á quienes se da dinero á cambio de un servicio; personas que ella, por ignorancia, igualaba y confundía; como el salvaje que no sabe diferenciar una cacerola de un barómetro. Por esta razón, luego que hubo oído á la señora Falbrizio explicar sus propios errores, aunque la maestra, para lisonjearla, fingía tomarlo á risa, y aún cuando ella misma no comprendiese las cosas en toda su delicadeza, experimentó, sin embargo, remordimientos y vergüenza, como cumplía á su carácter naturalmente sencillo y benévolo, y determinó reparar el daño hecho á cualquier costa. El maestro fué á la casa con verdadero disgusto, pensando en que habría de pasar por delante de los criados, que acaso estaban enterados de todo, y que se reirían de su vuelta de doméstico rehabilitado; pero mirando por la verja del jardín y no viendo á nadie, se animó; la servidumbre estaba cenando; los niños se hallaban en las habitaciones de arriba con la profesora de piano. Emilio, apenas hubo penetrado en el jardín, vió salir del pabellón á la

señora, que fué á su encuentro tendiéndole la mano, algo ruborizada, y mirándole con ansiedad:

—¡Ah! ¡*señor maestro!*—le dijo,—he tenido un disgusto tan *glande!*... un *veldadelo, veldadelo* disgusto; puede usted *cleelme*.

Pero no sabía hallar palabras con que disculparse, y en verdad no las había: no era posible entrar de lleno en aquel asunto sin mortificar y ofender otra vez al joven. Para ganar tiempo y discurrir alguna frase, le hizo entrar en el pabelloncito y sentarse en un diván de paja giratorio y de espalda á la luz rojiza del sol poniente cuyos rayos penetraban por entre las tablillas de las persianas cerradas. Una vez allí, la señora comenzó á enredarse en un mar de palabras que nada significaban, ó significaban demasiado, volviendo á comenzar cien veces:

—Un *veldadelo* disgusto... *cléame usted!*... ¡Si yo hubiese podido *figuralme!*... *Pelo* calcule usted si podía yo con intención... á un joven sabio y educado como usted... Yo no sé dónde tenía mi cabeza cuando... Usted también lo ha entendido mal todo... En fin, *peldóneme* usted. Aunque usted me diga que tengo la cabeza á *pájalos*, no puede *consentil* que suponga... que he faltado. A toda costa es *necesalio* que me *peldone*, que me *asegule* usted que juzga todo lo sucedido como una equivocación, y que es usted como antes y *selá siempre nuestro* amigo. ¿Me lo *asegula* usted?

Y para ver bien en el semblante del maestro si conservaba todavía señales de enojo, clavó la señora tan cerca de los ojos de Emilio los suyos de míope, que las últimas palabras entraron al joven por la boca antes que por los oídos, y sintió al propio tiempo tan delicioso aroma, mezcla inefable de perfumes de flores, de ropas nuevas y de mujer joven, que experimentó escalofrío desde los pies á la cabeza. Perseverar en su rencor habríale sido muy difícil y le parecía ya locura pretender una reparación más explícita.

—Se lo aseguro—contestó, echando un poco hacia atrás la cabeza y sin saber dónde colocar las manos.—Por mí todo queda olvidado, y sólo siento haber causado á usted un disgusto.

Pero por mucho que buscaba algunas otras palabras,